
Introducción

Atilio A. Boron* y Julio Gambina**

Durante 1999, en el Grupo de Trabajo de Economía Internacional de CLACSO que coordina Emir Sader y se integra con intelectuales de Brasil, Chile, México, Perú y Argentina, realizamos un balance de los costos sociales generados por las políticas hegemónicas de ajuste y reestructuración regresiva del capitalismo en América Latina. Era un intento por describir el impacto de las políticas gubernamentales de corte neoliberal, todas ellas inspiradas, más allá de los matices, en las sugerencias del Consenso de Washington que se generalizó durante los '90 en la región. En el seminario de discusión de ese balance, realizado en diciembre de 1999, participaron representantes de organismos internacionales con actuación en la región, tales como el Banco Mundial y el SELA.

Al mismo tiempo, emergía en el mundo un nuevo actor de la resistencia global, que se hizo visible en noviembre de 1999 en Seattle, EE.UU. La tendencia se afirmaría en el 2000 y buscaría constituirse como propuesta global en enero del 2001 en oportunidad de reunirse el Foro Social Mundial (FSM) en Porto Alegre, Brasil. Múltiples grupos de plural extracción política y cultural respondían desde la crítica y la movilización al orden neoliberal sustentado por los gobiernos y los organismos internacionales ante la caída del orden bipolar. Uno de los grupos que impulsaba el nuevo fenómeno de la crítica al orden constituido remitía a una an-

* Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

** Integrante del Grupo de Economía Internacional de CLACSO y Coordinador del Comité de Coordinación de ATTAC-Argentina.

tigua propuesta de regulación de los mercados financieros y especulativos internacionales sustentada a comienzos de los años '70 por el Nobel de Economía James Tobin. Ese grupo es ATTAC (Asociación por la Tasa Tobin de Ayuda al Ciudadano), que nació en Francia entre fines del '97 y comienzos del '98, y se extendió rápidamente en varias regiones del mundo. En Latinoamérica tuvo expresión primero en Brasil y luego en Argentina, Chile y Uruguay, y existen proyectos de constitución en Paraguay, Bolivia y México. Además, debe consignarse que son muchas las voces que se suman a la propuesta de control de los mercados de capitales que sustenta ATTAC, destacándose entre otras las manifestaciones de muchos legisladores y gobernantes de la región.

La convergencia de intereses entre ambos procesos, la de un Grupo de Estudio sobre la realidad del capitalismo de época y la existencia del nuevo fenómeno de resistencia que incluía a algunos de los miembros del grupo de CLACSO, nos motivó a convocar un Seminario que fue organizado en conjunto por CLACSO y ATTAC/Argentina sobre "La globalización económico-financiera y el impacto en América Latina: estrategias de regulación y respuestas sociales y políticas del movimiento popular".

El seminario tuvo dos momentos. Uno con funcionamiento restringido a invitados especiales, a los miembros del Grupo de Economía Internacional de CLACSO y a los integrantes del Consejo Académico de ATTAC-Argentina. Allí se presentaron las ponencias sobre la situación en cada país: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México y Uruguay. El otro momento se materializó en forma pública y mediante paneles, los cuales contaron con varios centenares de participantes. Las deliberaciones se desarrollaron en ámbitos de la Universidad de Buenos Aires (UBA), de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC). Las presentaciones por países se recogen en la primera parte del texto que presentamos. Los paneles, en la segunda parte.

La apertura de la cuenta de capitales: una tendencia estratégica del gran capital

Uno de los temas, abordado por varias intervenciones y en el debate posterior suscitado, estuvo centrado en el fenómeno resultante de la apertura de la cuenta de capital en nuestros países. Fenómeno éste que constituyó una estrategia global del capital financiero hegemónico en el ámbito mundial. Dicha apertura se expresó en flujos de dinero que ingresaron a la región bajo la forma de inversiones, mayoritariamente especulativas, y como préstamos que se sumaron a la gravosa cuenta del endeudamiento externo. Pero que también egresaron como pagos de la deuda externa, remesas de utilidades al exterior o simplemente como fuga de capitales.

En los países de América Latina, y también en África, Asia y Europa del Este, hubo en los '90 una presión deliberada por abrir las fronteras económicas al

movimiento internacional de capitales. Esa presión fue ejercida por los gobiernos de los países capitalistas desarrollados nucleados en el G7, con el apoyo de los así llamados organismos financieros internacionales y la complicidad de los propios gobiernos de la periferia, y racionalizada con los argumentos del “pensamiento único”, por ese entonces hegemónico en todos los niveles del sistema. Se trataba de una demanda del capital transnacional concentrado y que tuvo mayor andamiaje fuera del “primer mundo”. En Europa, Estados Unidos o Japón, más allá de lo pregonado por los teóricos del neoliberalismo y por distintas razones, las políticas proteccionistas e incluso de gasto social se mantuvieron en lo esencial. En algunos casos, principalmente en Europa, por imperio de la fortaleza política de actores sociales que resistieron exitosamente a la lógica mercantil del neoliberalismo. En otros, para contrarrestar tendencias recurrentes a la crisis económica y la recesión, especialmente en Japón. El recuperado dinamismo de la economía norteamericana en los años ‘90 –cuyos límites son ahora evidentes– le permitió a Washington sugerir para fuera de sus fronteras una política de apertura y desregulación que no aplicó en el mercado local.

La apertura de la cuenta de capital es una tendencia del capitalismo global, que se ha afirmado en buena parte de la periferia y que buscará incesantemente hacerse realidad en todo el sistema en un futuro cercano. Hay una presión cada vez mayor por abrir las cuentas de capitales de todos los países del mundo. Esta es una estrategia global, contenida en parte por la recurrencia de las crisis económicas y/o financieras que ya se manifestaron en México, Asia, Rusia, Brasil y ahora en la Argentina, que durante diez años fuera la “alumna modelo” del FMI. Es posible que ante esta marcada volatilidad del sistema financiero internacional se abran camino políticas de regulación del movimiento de capitales de corto plazo. Puede que esta expectativa no sea otra cosa que una expresión de deseos, pero son muchas las declaraciones alarmantes de parte de los propios protagonistas de la estrategia (como George Soros, por ejemplo), de altos funcionarios de los gobiernos del G7 (como Lionel Jospin, en Francia) o incluso de funcionarios o ex-funcionarios del FMI o del Banco Mundial, como Vito Tanzi y Joseph Stiglitz, que advierten sobre los graves peligros de la desregulación financiera. No sería ésta la primera vez que el capitalismo introduce regulaciones y políticas gubernamentales para neutralizar los riesgos de la anarquía financiera.

En todo caso, es necesario aclarar que estas políticas de regulación no serán producto de la buena voluntad de quienes han sido sus responsables y principales beneficiarios sino de la confrontación de actores sociales que sustituyan las reglas del juego que hoy imponen las oligarquías financieras, y a las cuales perversamente denominan como “desregulación”, por una regulación pública y democrática del movimiento de capitales. No se trata de una vuelta al keynesianismo, pero sí de pensar en que esa respuesta de los gobiernos capitalistas ante la Gran Depresión de los años treinta fue en contestación al creciente poderío de los sindicatos y partidos de izquierda y a la consolidación de la Revolución Rusa en 1917.

La generalización de las políticas de Estado Benefactor en la segunda posguerra se explica por la nueva correlación nacional e internacional de fuerzas presentes a la salida de la Segunda Guerra Mundial, y cuyo signo más distintivo fue, precisamente, la fortaleza de las organizaciones populares. Lo que queremos sugerir pues es que el escenario que aparece con el cambio del siglo revela el deterioro de las políticas neoliberales. Contrariamente a lo que ocurriera a lo largo de dos décadas, la impunidad de su dominación ya está en entredicho, y ello puede dar origen a cambios de trascendental importancia.

Lo que no ha habido, hasta ahora, es una contra-estrategia global surgida desde los pueblos. Por lo sostenido en algunos de los debates y presentaciones en el Seminario, parecería que en el último tiempo se está constituyendo una fuerza social global que intenta construir, aun desorganizadamente, un proyecto alternativo de organización social que contiene reivindicaciones puntuales, los rudimentos de un programa de gobierno y las grandes líneas de una estrategia global, que se ha hecho público en las grandes movilizaciones globales, embriones de un “nuevo internacionalismo”, que van de Seattle a Génova, pasando por Washington, Praga, Porto Alegre, y que habrá de ratificarse en la segunda sesión del Foro Social Mundial de Porto Alegre, a finales de enero de 2002. Estas novedades, inesperadas para los amos del mundo, certifican que es urgente y necesario elaborar más temprano que tarde una estrategia global. Es más, ahora resulta más sencillo pensar en términos alternativos, en producir una estrategia global, a partir de la existencia de un movimiento social y político que está buscando una presencia en el escenario de la lucha política, económica y cultural. Nos parece que, en ese plano, una de las principales tareas de la hora es romper la parálisis que genera el chantaje ideológico-mediático que se descarga sobre nuestros pueblos y que proclama la inexistencia de alternativas. Este es uno de los propósitos que anima esta publicación.

Un ejemplo del chantaje a que aludimos remite a la diatriba del pensamiento hegemónico que sostiene que si se aplicara cualquiera de las medidas que sustentan los movimientos sociales y políticos alternativos se produciría la inmediata fuga de capitales. En virtud de lo anterior habría que descartar como poco realistas aquellas propuestas que apunten a lograr una progresiva distribución del ingreso, o restringir el libre movimiento de capitales, o las que sustentan políticas no condicionadas en materia de negociación sobre el endeudamiento externo, que incluyen el “no pago”, la salida del ámbito definido por el FMI y los bancos transnacionales, e incluso aquellas que postulan el “jubileo” de la deuda externa. A lo largo de los debates y las exposiciones que hoy publicamos en este libro se demostró claramente la falacia de esos razonamientos: la evidencia disponible en diversos países enseña que hay fuga de capitales en simultaneidad con el fortísimo ingreso de los mismos.

En definitiva, la apertura de la cuenta de capitales es una puerta de entrada y de salida. Y éste es un tema ideológico. Técnicamente se puede demostrar me-

diante el análisis de las cuentas nacionales que los dineros entran y salen. Pero el temor al retiro de los capitales está fuertemente instalado como “sentido común” generalizado y obra como un mecanismo paralizante en nuestras sociedades. Debe reconocerse como una batalla que hasta ahora ha sido ganada por las clases dominantes el haber persuadido a amplios sectores de nuestras sociedades de que cualquier política alternativa ocasionaría mayores penurias para los sectores populares. De ese modo se sustenta la lógica del pensamiento único. La abrumadora presencia del capital concentrado en los medios de comunicación exagera la presión ideológica sobre el conjunto de la sociedad. Ello exige a toda propuesta intelectual que enarbole el pensamiento crítico analizar los modos de contrarrestar la hegemonía ideológica del poder económico.

De la lógica de la competitividad a la lógica de las necesidades sociales

Un segundo tema que quedó instalado con el transcurrir de las discusiones es la necesidad de salir del círculo vicioso que en el último cuarto de siglo es recurrente en todos nuestros países: reconcentración de los ingresos y la riqueza, mayor desigualdad social, picos recurrentes de recesión, aumento del endeudamiento externo y profundización de la dependencia en todos los planos: productiva, comercial, financiera, política, cultural, etc.

Salir de ese círculo vicioso implica establecer algunos objetivos que tienen que proponerse las sociedades y los pueblos. Hoy está instalada en nuestras sociedades una lógica de la competitividad que pretende posicionar a cada economía nacional en la división internacional del trabajo que definen las transnacionales. La tarea del momento para los gobiernos parecería no ser otra que la de “hacer competitivos” a los países. Esta competitividad está ligada a la apertura de la cuenta de capitales, y por ello los estados nacionales compiten entre sí para atraer a los inversores internacionales. A fin de ser competitivo hay que generar condiciones para que esos capitales entren en mayor magnitud a las economías locales, sin importar el destino de la inversión ni la estrategia de los inversionistas. Algunos señalan que es preferible el destino productivo de las inversiones externas, pero de cualquier modo, aun con fines especulativos, lo que interesa es un flujo de ingresos constante de capitales. Esa es la razón por la cual se afecta a los ingresos de los trabajadores y otros sectores de la economía, tales como los pequeños y medianos productores y empresarios. Para tornar nuestras economías más “atractivas” se hace necesario reducir el gasto público social, y mercantilizar las políticas de seguridad social privatizando las jubilaciones y pensiones, o reduciendo el “gasto” en educación y salud públicas.

Por lo tanto, se hace imperioso salir de este “objetivo” que propone como finalidad de la economía nacional el logro de una mayor competitividad internacio-

nal. ¿Qué otro objetivo propondríamos? Ni más ni menos que “satisfacer las necesidades económico-sociales” del conjunto de la población. Se trata de instalar que, así como el gran capital pide competitividad internacional, la mayoría de la población quiere satisfacer necesidades tan elementales como alimentarse, curarse, educarse. Ello requiere ingresos, y por lo tanto lograr que se instale una agenda de reclamos por una progresiva distribución del ingreso es sustancial al objeto de establecer otra lógica de pensamiento económico y político. Esto es tanto más importante si se recuerda que América Latina es la región con la peor distribución del ingreso del mundo. Las políticas pro-competitividad no han resuelto el problema del empleo y del ingreso de los sectores populares; tampoco lograron resolver el problema del crecimiento económico. Es más, han servido para acrecentar la brecha de ingresos entre los menos que acumulan riquezas, ganancias y poder y los muchos que se suman a la situación de pobreza, mayor explotación y exclusión. La experiencia histórica demuestra inapelablemente que ningún país se desarrolló reduciendo su mercado interno y los consumos populares. Eso es precisamente lo que los gobiernos de la región han venido haciendo desde hace más de veinte años.

Otra lógica implica atender la cuestión del empleo desde una política fiscal progresiva y pensar en caminos alternativos, tales como los iniciados en Francia con la discusión y legislación que establece la reducción de la jornada laboral. Hay que pasar de la lógica de la flexibilización a otra que asegure la socialización de los adelantos científicos y técnicos al conjunto de la población. Para ello hace falta distribuir las horas de trabajo necesarias para una producción social que satisfaga las demandas históricas de este tiempo entre toda la población con capacidad de trabajar. ¿Es posible? El interrogante se responde desde la existencia de un sujeto social –la coalición dominante a escala mundial hegemónica por el capital financiero– que se asume como el portador de un pensamiento y de la única política posible. “There is no alternative” (TINA), decía Margaret Thatcher en los años ‘80. Esta premisa se encuentra hoy sometida a un cuestionamiento práctico sin precedentes ante la masividad de las protestas globales que florecen en todo el mundo y los síntomas de agotamiento del proyecto neoliberal. En el plano teórico, los materiales reunidos en este libro intentan demostrar la falacia de la supuesta inexistencia de alternativas.

La globalización de la resistencia genera la posibilidad de articular múltiples luchas nacionales en torno a un programa de carácter internacional pensado desde las necesidades de los pueblos y no desde el *killling instinct* del capital. A la lógica del capital concentrado transnacional se le debe oponer la satisfacción de las necesidades de los sectores populares. Se requiere por lo tanto diseñar una propuesta alternativa integrando las propuestas económicas de cada movimiento reivindicativo local y articulándolas en una propuesta global. En primer lugar, esto implica una crítica radical al orden económico actualmente existente, gobernado por organismos tan diversos como la OMC, el Banco Mundial, el FMI, el G7, y

cuyas decisiones, como se ha comprobado en innumerables oportunidades, son completamente irresponsables y antidemocráticas. Se trata, por lo tanto, de acumular fuerzas para generar una nueva organización económica internacional. Las sucesivas “contra-cumbres” que se han organizado en los últimos años han avanzado mucho en el terreno de definir las propuestas de organización económica de la sociedad mundial desde el pensamiento y las necesidades de los pueblos.

Ese es el camino que se intenta con el FSM de Porto Alegre y los sucesivos encuentros globales de los pueblos que allí se han decidido. El establecimiento de un impuesto a las transacciones internacionales de capitales, sugerido por James Tobin en los años ‘70 y hoy sustentado por los grupos ATTAC en todo el mundo, es un punto de partida muy promisorio. En efecto, introduce una importante restricción a la estrategia global que propugna la apertura de la cuenta de capitales y que, en los últimos años, le confirió a la especulación financiera, en aquello que la profesora Susan Strange denominara “el casino financiero mundial”, el carácter de un verdadero tabú que, en caso de ser violado, descargaría sobre los pecadores toda clase de infortunios económicos. Decíamos: es un primer paso más no la solución. Pero es un paso adelante, que debe complementarse con otras políticas como las de redistribución del ingreso, promoción del mercado interno, inversión en salud y educación, promoción del desarrollo tecnológico y científico, defensa del medio ambiente, igualdad entre los géneros y la no-discriminación por cuestiones de raza, etnia, opción sexual, lengua, religión, entre tantas otras.

Es razonable que tras el prolongado ciclo neoliberal –desde comienzos de los ochenta hasta la actualidad– en el cual las economías latinoamericanas castigaron irracionalmente el mercado interno, los programas alternativos comiencen por formular políticas que lo reanimen y fortalezcan. La falacia del crecimiento basado en las exportaciones salta a la vista: no hay ni un solo caso en la historia económica contemporánea de un país que sea un gran exportador mundial sin que al mismo tiempo posea un vigoroso mercado interno. Aquí sostenemos, merced a lo discutido en el Seminario organizado por CLACSO y ATTAC, que se debe elaborar cuanto antes una estrategia mundial de los pueblos que se contraponga a la estrategia global del capital. Debemos aprender de nuestros errores: lo acontecido con la deuda externa (mientras los acreedores se organizaban y presentaban un planteo global y unitario los países de la periferia acudían individualmente a las negociaciones, seducidos por las ventajas que supuestamente obtendrían desertando de la acción colectiva) no puede volver a ocurrir. De ahí la necesidad de una contra-estrategia global, especialmente en relación a la apertura de la cuenta de capitales y la protección de nuestros mercados.

Dejamos a la consideración del lector juzgar si hemos o no contribuido al logro de tales metas. Lo que sigue es un rico muestrario de datos, análisis, teorías y opiniones concebidos para animar un debate. El evento académico que tuvo lugar en el mes de junio del 2000 en Buenos Aires sólo fue un punto más de otros mu-

chos que se necesitan para hacer realidad la construcción de una alternativa popular a la globalización sustentada por el capital. Para demostrar, asimismo, que un mundo mejor es posible, que la esperanza no está clausurada, que la justicia todavía tiene posibilidades. La rabiosa reacción de la gran prensa financiera internacional frente a las movilizaciones populares en contra de la mundialización neoliberal y sus críticas insolentes e insidiosas al Foro Social Mundial y a todas las expresiones del “nuevo internacionalismo” nos confirman que marchamos por la buena senda. Lo preocupante sería lo contrario: su aplauso es la mejor señal de que hemos perdido el rumbo. Por eso podemos concluir esta breve introducción con las sabias palabras del Quijote: “ladran Sancho, señal de que cabalgamos.”